“IDENTIDAD, AUTOESTIMA, INDEPENDENCIA”

(Euskal Herria vista por un catalán)

Decía Joan Fuster, escritor, ensayista y una de las personalidades culturales más importantes de los Países Catalanes, que “todo nacionalismo es esto: lamentación y reivindicación. En el fondo de todo *patriotismo*, sea de la patria que sea, hay una suspicacia vigilante, erigida frente a las *patrias* vecinas. No habría *patriotas* si no tuviesen que encararse con unos patriotas rivales.” ¿Parece una obviedad, verdad? ¿Qué sentido tendría el nacionalismo vasco o catalán sin la existencia del nacionalismo español y del nacionalismo francés? ¿Qué sentido tendría el nacionalismo tibetano, kurdo, chechén, o irlandés sin la existencia del nacionalismo chino, turco, ruso o inglés? Pues bien, hay obviedades que no acaban de cuajar. No lo consiguen, ni tan sólo entre aquellos que sufrimos sus consecuencias. Euskal Herria y los Paisos Catalans, como muchos otros pueblos sometidos, hemos caído en la gran trampa del nacionalismo de Estado, la trampa de convertirnos en nacionalistas por el simple hecho de no tener Estado. O lo que es lo mismo: el simple hecho de no ser españoles o franceses nos convierte automáticamente en nacionalistas. Y es que, seguros como estamos de que nuestro nacionalismo es meramente defensivo, de neta reivindicación del derecho a ser, no nos hemos dado cuenta del sambenito que nos han colgado.

Hay que ir con cuidado para no caer en la trampa. Porque, ¿dónde está escrito que no se puede ser únicamente vasco? ¿Qué designio divino ha establecido que el pueblo vasco no tiene la madurez necesaria para decidir por si mismo? ¿Quién es y dónde vive ese todopoderoso que reparte caprichosamente mayorías de edad colectiva?

Ser vasco es una más de las muchas maneras de ser que hay en este mundo. Es una manera de ser que tiene defectos, no hay duda, pero también tiene cualidades, ni más ni menos la misma proporción de defectos y cualidades que tienen todas las identidades colectivas de este mundo. Por eso, por el bien de su salud mental, un vasco debe ser impermeable a las críticas y a los cantos de sirena del nacionalismo español y francés.

No se puede ser vasco y español, o vasco y francés al mismo tiempo. No es posible, sin caer en una profunda contradicción.

¿Qué clase de amante sería aquel que, como prueba de nuestro amor, nos exigiese que dejásemos de ser quien somos para convertirnos en parte de él? ¿Cómo puede amarnos alguien que no nos acepta como somos, alguien que pretende diluir nuestra personalidad en la suya hasta convertirnos en lo que nunca fuimos ni quisimos ser? ¿Cómo podríamos confiar en el amor de alguien que se instala en nuestra casa, que se apodera de nuestra historia, que borra nuestro pasado, que criminaliza nuestro presente y que se apodera de nuestro futuro? Pues por insólita que pueda parecernos, esa es la española manera de amar. Así es como España trata, desde siempre, a todos aquellos a quienes declara su amor. ¿Por qué será, sin embargo, que todos sus amantes la dejan?

Sin embargo, la libertad existe. España quizás lo ignore, pero la libertad existe. Y es precisamente porque no podemos consentir que pueblos adultos como Catalunya i Euskal Herria sean gobernados por la fuerza de la ignorancia, que tenemos que comportarnos como seres libres. Si, como dicen, verdaderamente nos aman, nada les hará más felices que vernos felices, nuestra felicidad será su felicidad. Y es que, aunque sólo sea por egoísmo, hay que desear la libertad del ser amado, porque su felicidad redunda en la nuestra. Al fin y al cabo, ¿qué mayor prueba de amor que dejar en libertad aquel a quien decimos amar?

Este es el drama de España, su impotencia, su impotencia para seducirnos, para conquistarnos, para convencernos, para doblegarnos. Este es el drama de España, que no declara su amor sino que lo impone. Ella marca los parámetros de ese amor, ella dicta las reglas que lo han de regir, ella decreta sus derechos y nuestras obligaciones. Su amor es una prisión, sus efectos una celda, sus guardianes nuestra debilidad.

Yo no soy quien para decir a Euskal Herria cual es el camino que la conducirá a la independencia. Pienso, eso sí, que cada día que pasa está más cerca de ella.

España, repito, sabe que su peor enemigo es la democracia. De hecho la odia profundamente, como el embustero odia todo aquello que le pone en evidencia. ¿O no es cierto que el gobierno español se rige por criterios diferentes en materia de terrorismo? ¿O no es cierto que para el gobierno español no es lo mismo matar o secuestrar en nombre de Euskal Herria que matar o secuestrar en nombre de España? ¿Cree España, tal vez, que los vascos no se han dado cuenta que secuestrar una persona supone 10 años de prisión si el secuestrado es vasco y entre 5 y 8 meses si el secuestrador es un ex-ministro español o un ex-secretario de Estado? Pues por inimaginable que este extremo pueda parecernos es un Estado que se autoproclama de derecho, y por consiguiente democrático, esta es la realidad.

Es un error confundir el ser con los sentimientos. Las emociones, los vínculos afectivos, no configuran la identidad, es la identidad la que configura las emociones y los vínculos afectivos de la persona. Los sentimientos son libres. Una persona puede sentirse extraterrestre, si lo desea, pero deberá aportar una documentación más precisa en el caso de que algún pariente, pongamos por caso, tenga a bien dejarle una herencia. Y es que los sentimientos van y vienen, la identidad se queda.

Los vascos no son españoles por la misma razón que los españoles no son vascos. Parece mentira que algo tan sencillo cueste tanto de entender. Es muy cansado tener que repetir siempre las mismas verdades a alguien que ni tan solo te mira cuando le hablas, es muy decepcionante esta actitud. Porque lo cierto es que Euskal Herria no es España. Y si Euskal Herria no es España, los vascos no son españoles. Los vascos, como su nombre indica, son sencillamente vascos. Y si esta obviedad ha de ser motivo de conflicto, pues que lo sea. Pero lo que no se puede consentir, lo que Euskal Herria no puede hacer es renunciar a ser quien es para evitar el conflicto. El conflicto lo generan aquellos que quieren que los vascos dejen de ser quien son para convertirse en lo que son ellos, que renuncien a llamarse por su nombre que utilicen el suyo. Pues no, de ninguna manera.

No es correcta la apreciación según la cual se puede ser español sin dejar de ser vasco. Es decir, ser ambas cosas al mismo tiempo de la misma manera que un

extremeño es también español y un berlinés es también alemán. No, no es correcta porque la base de un razonamiento así se apoya en un supuesto de pertenencia: Si Euskal Herria y Extremadura están en España, por qué razón los vascos no son españoles y los extremeños sí? Pues por una razón muy sencilla. Porque Estremadura es España. Euskal Herria, en cambio, es una nación distinta a la española. Una nación bajo administración española y francesa, sí, pero otra nación. Por eso es ingenuo defender la identidad concéntrica con el argumento tan español de la patria chica. Es decir, español-extremeño-de Badajoz–de La Puebla del Prior. Este reduccionismo retroactivo también se puede hacer en clave vasca: vasco-navarro-tafallésde la calle Navaz y Vides Kalea; o en clave alemena: alemán-de Renania del Norte-Westfalia-de Bonn-de la calle Goethe. En ninguno de estos ejemplos hay incompatibilidad. No la hay porque en todos los casos sólo hay una identidad que, en este caso, es la vasca.

Nadie sabrá situar nuestro país en el mapa si nosotros no le damos un color distinto al de España, nadie conocerá nuestra identidad si nosotros no la proclamamos. Y es que este es el problema, que nosotros, a diferencia de los escoceses, hemos aceptado ir por el mundo bajo seudónimo, bajo el seudónimo de españoles, en lugar de hacerlo con nuestro propio nombre. Por consiguiente, no es culpa del mundo sino nuestra que el nombre por el cual somos conocidos no corresponda a la realidad. Por cansado que a veces pueda parecernos tener que explicar siempre lo mismo, estamos obligados a hacerlo. Es uno de los peajes que tiene la dignidad.

En su libro *La Navarra marítima*, Tomás Urzainqui y Juan Mª de Olaizola explican que el 23 de marzo de 1516 el mariscal Pedro de Navarra –un hombre muy querido y respetado por los navarros- fue hecho prisionero por las tropas del corones castellano Hernando de Villalba, quien le sometió a tratos inhumanos por mantener su fidelidad al rey Juan III de Albret-Labrit. Después de dos años prisionero en la fortaleza de Atienza, el emperador Carlos I y V de Alemania le envió un mensajero ofreciéndole el perdón y la restitución de su honor y posesiones a cambio de juramento de fidelidad. Pedro de Navarra, sin embargo, se negó y ello le supuso el traslado a la prisión de Simancas donde, al cabo de 4 años, después de continuos malos tratos, fue degollado.

En Catalunya, un caso de características similares lo encontramos en la persona del general Josep Moragues. Tras la caída de Barcelosna en 1714, defendida por 5.500 hombres frente a los 40.000 de Felipe V, Moragues fue detenido, torturado, ejecutado al garrote vil y después descuartizado. Su cabeza permaneció doce años expuesta en una jaula de hierro en el Portal de Mar, en Barcelona, como medida ejemplar.

Afortunadamente, los tiempos han cambiado y ya no es preciso defender la dignidad en situaciones tan extremas. Pero la evolución de las formas no debe hacernos olvidar que el problema continúa siendo el mismo: que el mundo, por desconocimiento, no nos reconoce. No nos reconoce como Estado, porque evidentemente no lo somos, ni nos reconoce como nación, a pesar de que es evidente que lo somos. Hay, sin embargo, un arma mucho más poderosa y antigua que la espada, un arma que no ha podido ser vencida jamás: la firmeza. La firmeza es como el junco, que se dobla pero siempre sigue en pie. No hay ejército imperial que pueda vencerla, no hay ministros ni ministerios de interior que puedan encarcelarla, no hay falsos demócratas que puedan someterla. La firmeza no puede ser vencida porque no se basa en la razón de la fuerza, sino en la fuerza de la razón. La proclamación de la independencia de la India y del Pakistán en 1947 fue un triunfo de la firmeza no de las armas. En esa fecha, la sinrazón armada fue derrotada precisamente por la fuerza de la razón.

Nada podrá lavarle el cerebro al pueblo vasco si él no quiere. Todos los intentos, por tramposos que sean, se estrellarán contra la fortaleza de sus convicciones. Para ello, sin embargo, es preciso que Euskal Herria recuerde siempre quien es y lo que ha sido.

Y es que no tenemos una historia común por la sencilla razón de que cada pueblo, como cada persona, tiene su propia historia, y la historia de una identidad, como la identidad misma, es intransferible. Aceptar, por consiguiente, que Euskal Herria tiene una historia común con España, equivale a aceptar la sibilina idea de que Euskal Herria no tiene historia propia, equivale a aceptar que su historia es la historia de España. En definitiva, significa aceptar que Euskal Herria es España.

La tierra, la lengua, el himno, la bandera, las costumbres, las tradiciones, las entidades representativas, los héroes nacionales y los personajes históricos constituyen el corazón simbólico de una nación, los elementos identificadores de una manera de ser. Los símbolos pertenecen al ámbito de la más estricta intimidad de un pueblo, son los referentes de su identidad diferenciada.

De la misma manera que las personas, en el terreno individual, necesitamos referentes éticos, ideológicos, espirituales, culturales, conductuales..., también una colectividad los necesita. Son sus elementos de cohesión interna. De hecho, es tanta su importancia, es tan legítima y lógica su existencia, que es precisamente por eso que se convierte siempre en el principal objetivo a derribar por parte de sus enemigos. Y es que cuando convences a tu adversario de que su simbología es provinciana, decadente, insolidaria, ramplona, y cursi ya has minado su moral, ya has conseguido que se avergüence de si mismo, ya has conseguido que, necesitado como todo el mundo de referentes, haga suyos tus valores. Valores que, naturalmente, son más modernos, progresistas, cosmopolitas y universales que los suyos. La fase siguiente consiste en hacer que olvide su historia y que abrace la tuya. Es justo el momento en que, cuando se mira al espejo, ya no se reconoce, ya no ve su rostro sino el tuyo. Es la confirmación de que tu estrategia ha tenido éxito. Habrá hecho falta, claro está, dar “las providencias más templadas y disimuladas para que se consiga el efecto sin que se note el ciudado”, cosa que se hace, como pretende el nacionalismo español, introduciendo lo que podríamos llamar la *doble simbología*. Es decir, haciendo creer a los vascos que son el paradigma de la duplicidad y que, adoptando como propios los símbolos del vecino, serán más universales que nadie. Por suerte, la semántica se encarga de ridiculizar esta pretensión cuando define la duplicidad como el “carácter del que da a entender lo contrario de lo que siente, que aparenta unos sentimientos y tiene otros”.

En otras palabras, ¿cómo puede ser que los vascos sean una excepción en este mundo? ¿Cómo es que, si esta duplicidad es tan natural y enriquecedora, no se enriquecen también los españoles aprendiendo la lengua, la cultura, el himno, las tradiciones, los héroes y los personajes históricos de Euskal Herria? ¿Por qué será que lo que ellos no hacen, exigen que lo hagan los vascos?

Nosotros, los vascos y los catalanes, sí que nos equivocaremos si delegamos nuestras responsabilidades en la Unión Europea. Sería un pecado de ingenuidad por nuestra parte pensar que salvo España y Francia, los otros trece Estados que componen actualmente la Unión son favorables al reconocimiento internacional de Euskal Herria y Catalunya. Es cierto que hay distintos niveles de comprensión, es cierto que Alemania es mucho más receptiva que Francia en este tema y que en algunos países nórdicos se nos mira con simpatía. Pero no nos engañemos: la Unión Europea es la Europa de los quince, y es la Europa de los quince porque quince son los Estados que la componen, quince unidades, quince banderas, quince himnos... Eso es la Unión Europea. Y es mentira que estén construyendo la Europa de los Pueblos, es mentira que los Estados tiendan a desaparecer. Porque, ¿dónde están esos pueblos? ¿Qué lugares ocupan en el concierto de las naciones? ¿en qué lugar se puede escuchar su voz como miembros de pleno derecho y en qué lugar pueden ejercer su voto? ¿Quién, sino los Estados, tiene en Europa derecho a veto? ¿Qué Estado de la Unión reconoce el documento nacional de identidad vasco o catalán? ¿Qué consideración, que no sea folklórica, merecen a Europa el eurkara y el catalán? ¿Quién, sino dos Estados de la Unión Europea luchan con todas sus fuerzas para frenar la normalización de esas dos lenguas?

Tampoco la ampliación de la Unión nos favorecerá. De los doce Estados que ingresarán en la próxima ampliación, sólo cinco –Polonia, Rumania, Hungría, Chéquia y Bulgaria- tienen más población que el principado de Catalunya y sólo siete –sumando Eslovaquia y Lituania- tienen más que Euskal Herria. Sin embargo, Letonia, con dos millones y medio, Eslovenia, con dos, Estonia, con uno y medio, Chipre, con 800.000 habitantes, y Malta, con 400.000, tendrán la representación que a Catalunya y a Euskal Herria se les niega. Esta es la realidad de Europa, esta es la Europa que están construyendo por encima de nosotros.

Y lo más curioso es que la mitad de esos doce Estados nacieron en la última década del siglo XX, justo cuando el nacionalismo español nos calificaba de anticuados por aspirar a la independencia, algo, según ellos, completamente decadente. Pues bien,

aquellas pequeñas, anticuadas y decadentes naciones son hoy miembros de pleno derecho de las Naciones Unidas.

Se equivocan aquellos que ven la libertad como una concesión que viene de fuera. El ser humano nace libre, son otros seres humanos quienes 1º encadenan, son otros seres humanos quienes le roban su dignidad. Saben, esos otros seres humanos, que la pérdida de la dignidad de un hombre, de una mujer o de todo un pueblo, es la mejor garantía de su perpetua sumisión. El sumiso es alguien que ha perdido la confianza en si mismo, alguien incapaz de apreciar la inmensidad de sus propias posibilidades, alguien que sólo espera de la vida tranquilidad y buenos alimentos. Un sumiso, sin embargo –y de ahí el trato preferente que recibe por parte de aquellos que se otorgan la condición de amos- no es tan sólo alguien que se odia a si mismo, es también el peor enemigo de su país. Lo es porque ve en el sometimiento de ese país la única posibilidad de liberarse del complejo de culpa que le causa su condición de renegado, Cree, el sumiso, que destruyendo la dignidad de su país destruirá también el espejo que le recuerda los días en que él vendió la suya.

La independencia es un derecho, no un privilegio. Por consiguiente, nadie te la puede conceder ni nadie te la puede negar. Aquel que te la niega es un enemigo de la libertad, aquel que no la quiere es un enemigo de si mismo. La vida no tiene sentido sin independencia porque es a través de la independencia que las personas nos realizamos individual y colectivamente. Independencia significa asunción de responsabilidades y asunción de responsabilidades significa madurez. De otro modo, ¿cómo es posible la independencia sin la madurez necesaria para asumir las propias responsabilidades? ¿Cómo es posible ejercer la madurez sin responsabilidad e independencia? ¿Qué sentido tiene la asunción de responsabilidades sin la existencia de una madurez independiente? No, no hay independencia sin madurez ni madurez sin asunción de responsabilidades.

A veces nos preguntamos: ¿cuándo terminarán las guerras? ¿Cuándo llegará el día en que todos los pueblos de la Tierra vivirán en paz? ¿Cuándo los hombres y las mujeres entenderemos que la base de toda convivencia es el respeto por el derecho a la diferencia? ¿Cuándo entenderemos todos que hay otras maneras de ver y de vivir,

además de la nuestra? ¿Cuándo nos daremos cuenta de que la aceptación del derecho a ser es el germen de la sabiduría?

Son muchas preguntas, ciertamente, pero la respuesta es la misma para todas: cuando comprendamos que en el respeto por el derecho a la libertad de los pueblos se encuentra el secreto de la fraternidad universal.

Víctor Alexandre

Sant Cugat del Vallès, junio de 2001